

INTRODUCCIÓN

Hay más hombres preparados para pagar por una herida que por un beneficio,
porque la gratitud es una carga y la venganza un placer.

Tácito (22-120 d. C.)

Karachi (Pakistán), agosto de 2002

Faltaban solo unas semanas para que se produjese el primer aniversario del ataque terrorista más devastador de toda la historia. Durante ese año, Al Qaeda había sufrido importantes reveses como la detención o muerte de un número considerable de sus miembros. Sin embargo, había sido la pérdida de su santuario afgano lo que había desbaratado sus emblemáticos campos de entrenamiento y había empujado a sus miembros a un estado de continua huida. No obstante, la ofensiva internacional no había conseguido eliminar ni a Osama Bin Laden, ni a su segundo, Ayman Al Zawahiri. Tampoco había conseguido acallar la voz de Al Qaeda. Durante ese periodo la organización terrorista había desafiado el poderío estadounidense difundiendo por los más diversos canales, numerosos llamamientos a la comunidad musulmana para que abrazase la yihad contra América y sus aliados.

Existía una mezcla de miedo y expectación en torno al 11 de septiembre de 2002. Lo que sucediese esos días sería un buen indicador del estado real de la organización terrorista. ¿Sería capaz Al Qaeda de conmemorar el aniversario con un nuevo macroatentado? ¿Aprovecharía Bin Laden para dar una prueba de que continuaba vivo? La actividad de la organización en los últimos meses hacía presagiar que el 11-S había sido concebido no solo como un ataque destinado a obtener descomunales cifras de destrucción, sino también, como un «movimiento de larga duración». Una acción que permitiría que durante años, la organización de Bin Laden pudiese acaparar nuevo protagonismo mediático reviviendo su ataque con aviones comerciales.

Al Qaeda había dejado transcurrir varios meses sin querer zanjar definitivamente la cuestión sobre su responsabilidad en los atentados de 2001. Las es-

peculaciones, e incluso toda una serie de estrafalarias teorías conspiratorias, facilitaban que la organización siguiese siendo el centro de los noticiarios de todo el planeta. No será hasta el 17 de abril de 2002 cuando Al Qaeda aporte una prueba incontestable de su autoría, remitiendo a la cadena *Al Jazeera* un vídeo titulado: *La voluntad de los mártires de las batallas de Washington y Nueva York*. En él, podían contemplarse las imágenes de uno de los secuestradores, Ahmed al-Haznawi, un joven saudí que tiempo atrás había escenificado ante la cámara la lectura de su testamento. Su contenido, un llamamiento a la comunidad musulmana para que se uniese a un tipo de lucha de inspiración divina, cuya expresión más gráfica era el escenario virtual que los editores del vídeo habían insertado a espaldas del terrorista: la fotografía de una de las Torres Gemelas estallando tras ser atravesada por un avión. El elevado número de terroristas que tomaron parte en la operación inducía a pensar que esto solo era el principio de un espectáculo mediático que se prolongaría durante años.

Yosri Fouda, uno de los periodistas más célebres de la cadena *Al Jazeera*, recibió en pleno verano de 2002 una misteriosa llamada de teléfono: «Conozco a unas personas que podrían proporcionarle una información de alto secreto», afirmó un individuo que, acto seguido, le pidió un número personal de fax y colgó. *Alto secreto* era el nombre del programa de televisión de Fouda, un exitoso espacio de investigación de carácter mensual. Al poco tiempo, el periodista recibió un fax. Se trataba de un documento remitido por la propia Al Qaeda, donde la organización sugería el esquema de lo que podría ser un programa especial dedicado al primer aniversario del 11-S. En la propuesta se incluían ideas, posibles localizaciones y una relación de personas que deberían participar en el programa aportando su particular visión de este «heroico episodio». Evidentemente, la percepción que tenían los directivos de la cadena sobre el tipo de cobertura que debía recibir el primer aniversario era muy diferente a la que los yihadistas habían previsto. La predisposición que hasta el momento había mostrado la cadena de noticias árabe para hacerse eco de los comunicados remitidos por Al Qaeda, había llevado a sus miembros al convencimiento de que el canal de televisión recibiría con los brazos abiertos una mesa redonda repleta de clérigos radicales alabando los atentados contra Estados Unidos.

Dicho oferta fue rechazada por los directivos del canal; sin embargo, sí que accedieron a que el periodista egipcio viajase a Pakistán, tal y como le solicitaba su misterioso contacto en una nueva llamada. Envuelto en un manto de secre-

tismo, y tras haber sorteado todo un conjunto de medidas de seguridad, los miembros de la organización trasladaron a este reportero a un apartamento de la ciudad de Karachi. Fouda no pudo disimular su sorpresa cuando se encontró en persona con dos de los hombres más buscados del mundo: Khalid Sheikh Mohammed (KSM) y Ramzi Binalshibh, el cerebro y el coordinador de los atentados del 11-S. Durante los dos días que Fouda tuvo que permanecer en el misterioso apartamento, estos terroristas de primer nivel ofrecieron una entrevista, grabada en vídeo, donde deslizaban una serie de informaciones que aumentaban (aún más, si cabe) el interés informativo de un encuentro que ofrecería al mundo el rostro y las palabras de los hombres que lo conocían absolutamente todo sobre el 11-S. En dicha conversación, los terroristas dieron al periodista un conjunto de titulares verdaderamente «explosivos». Así, por ejemplo, Khalid confirmó que Bin Laden continuaba vivo; confesó cómo el núcleo de Al Qaeda había barajado la posibilidad de atacar instalaciones nucleares, cómo los secuestradores habían mantenido comunicación con el núcleo de Al Qaeda a través de Internet y de una serie de códigos preestablecidos, e incluso informó de la existencia de un rebotante «departamento de mártires» dentro de Al Qaeda, el cual estaba esperando órdenes para llevar a cabo nuevas «operaciones suicidas».

Fouda pudo percibir claramente cómo en Al Qaeda la gestación de un atentado iba indisolublemente unida a su posterior explotación propagandística. Binalshibh, que durante un tiempo fue compañero de piso en Alemania de Mohammed Atta (líder de la célula que secuestró y estrelló los aviones), mostró a Fouda una maleta repleta de sus «recuerdos de Hamburgo». El terrorista había guardado celosamente durante ese tiempo un conjunto de materiales usados por él y sus compañeros para planear sus atentados: un folleto de *Boeing* y varios manuales, un manual para aprender a pilotar, un mapa de navegación de la costa este de Estados Unidos, libros de autoaprendizaje del inglés, disquetes, CD-ROM de simuladores aéreos, etcétera.

El tremendo efecto mediático de la retransmisión televisiva de dicha entrevista quedó frustrado por el exceso de celo de los miembros de Al Qaeda. La organización siempre ha deseado controlar hasta el último detalle del mensaje que llega a la opinión pública. En ese sentido, KSM y Binalshibh, no permitieron que Fouda pudiese marcharse con las cintas originales de la entrevista. Al Qaeda las retendría un tiempo para poder revisar su contenido y editarlas antes de que viesen definitivamente la luz. Sin embargo, unos días después el periodista reci-

bió una llamada anónima donde le pedían un millón de dólares por las cintas, a lo cual este se negó. Pasado un tiempo, Fouda conocería la razón de este desconcertante desenlace. Los dos miembros de Al Qaeda, lejos de tratar de vender tan valioso material, estaban furiosos porque su plan propagandístico había quedado frustrado por la deslealtad y la avaricia de uno de los varios correos que debía hacer llegar el vídeo al periodista. Fouda, que tenía previsto emitir un programa especial en *Al Jazeera*, cuyo eje central serían las imágenes de la entrevista, no tuvo más remedio que ofrecer el relato en primera persona de su encuentro con ambos terroristas.

Lo sucedido en los siguientes días constituye nuevas pruebas de la determinación de Al Qaeda de eclipsar la información relativa al primer aniversario del 11-S. No serían las ceremonias oficiales de conmemoración de la tragedia, ni la voz de las víctimas, ni las declaraciones de los líderes occidentales; el 11-S de 2002 debía estar protagonizado de nuevo por los muyahidines. La organización terrorista compensó a *Al Jazeera* enviando otra serie de materiales «noticiales»: metraje con imágenes de los preparativos de los atentados, nuevas imágenes inéditas de Osama Bin Laden en Afganistán, y un fax del líder de los talibanes, el mulá Omar, haciendo un llamamiento a la yihad para liberar Afganistán de la «ocupación occidental». Días después del aniversario, la «celebración mediática» quedaba culminada con un nuevo vídeo: *Los diecinueve mártires*. Una producción elaborada por el brazo propagandístico del Al Qaeda, el Instituto *Sahab* para las Producciones Mediáticas (*Sahab Institute for Media Productions*), el cual había diseñado un documento donde se ensalzaba el carácter heroico de los diecinueve secuestradores y se incluía una nueva última voluntad: la del joven saudí Abdul Aziz al Omari.

Khobar (Arabia Saudí), 29 de mayo de 2004

Hacia solo unos minutos que había amanecido cuando cuatro jóvenes vestidos con los uniformes de la policía saudí llegaron en coche a uno de los complejos residenciales de Khobar, una esas lujosas urbanizaciones que albergan las oficinas y las viviendas de los trabajadores de las numerosas empresas occidentales instaladas en el país. Se hacían llamar a sí mismos «la Brigada Jerusalén». Abdul Aziz al Muqrin, el líder de la facción de Al Qaeda en este país árabe, les había encargado la realización de «una operación de calidad» que, debido a la comple-

jidat y osadía que era necesario desplegar, les llevaría inevitablemente hacia el «martirio».

Durante días, los yihadistas habían reconocido exteriormente las instalaciones del Complejo Oasis. El perímetro se hallaba considerablemente protegido. Los atentados contra occidentales en los últimos meses habían llevado a este colectivo a extremar sus medidas de seguridad ante el más que evidente peligro. Según los yihadistas, la mera presencia de cristianos en una tierra en la que Mahoma había prohibido la existencia de cualquier religión diferente al islam, constituía una afrenta intolerable.

Los muyahidines se dirigieron a una de las dos verjas de entrada al complejo y, sin bajar del coche, gritaron a los guardias que les abrieran el paso; sin embargo, la supuesta autoridad que se desprendía de sus uniformes robados y el ímpetu de sus órdenes no fueron suficiente para amedrentar a los vigilantes. Los terroristas empezaron a peder la paciencia ante los titubeos de los guardias e intentaron forzar la entrada. Aterrado, uno de los guardias se refugió en la garita y dio la voz de alerta. Dispuestos a no perder ni un segundo más, los miembros de la Brigada Jerusalén se dirigieron hacia la segunda entrada y empujaron su vehículo contra la verja, disparando contra los desprevenidos guardias. Nada más entrar en el recinto, se toparon con la que sería su primera víctima occidental: un ejecutivo británico, al cual acibillaron a tiros. Eufóricos por este primer «trofeo», los muyahidines bajaron de la camioneta y ataron una pierna del cadáver al parachoques trasero del vehículo. Empezaron de nuevo la marcha embadurnando el camino con la piel y la sangre del primer «cruzado» abatido. Cuando semanas después el líder del grupo relataba en una entrevista lo sucedido en ese día, reconocía con indisimulada satisfacción: «La ropa del infiel fue rasgada en tiras, y él estaba desnudo en la calle. La calle estaba llena de gente (...) y todos observaron al infiel ser arrastrado, alabanza y gratitud sean a Alá».

Los yihadistas adentraron su vehículo en las calles del complejo, esquivando e intercambiando disparos con las sucesivas patrullas de soldados que salían a su encuentro. La soga que arrastraba el cadáver del empleado británico cedió ante la velocidad y los bruscos virajes del automóvil. Los soldados de algunos de los controles contemplaron horrorizados cómo quedaba abandonada, en la calle, una irreconocible masa sanguinolenta, mientras se alejaba un vehículo del cual aún podían oírse unos enloquecidos gritos: «Alá Akbar» (No hay ningún Dios sino Alá).

Los yihadistas llegaron sin demasiada dificultad a la zona donde estaban ubicadas las empresas petrolíferas. «Los hermanos estaban maravillosamente tranquilos y serenos, como si estuvieran paseando». Los sobresaltados operarios saudíes de la empresa Aramco salieron a su encuentro y les preguntaron qué estaba pasando. «Tranquilizaos, no tengáis miedo, solo queremos a los americanos». Los miembros de la brigada entraron en uno de los edificios y empezaron a registrar todas las habitaciones en busca de los ansiados «objetivos» estadounidenses. En una de las dependencias encontraron, de espaldas, lo que intuyeron era un directivo americano de la compañía; sin mediar palabra, el líder de la célula le disparó a la cabeza, desperdigando su masa cefálica por toda la habitación. En una oficina continua también tuvieron «suerte», y encontraron a un empleado sudafricano al que le rebanaron el cuello. «Le pedimos a Alá que acepte estos actos de devoción».

El edificio parecía no albergar a ningún otro «infiel», así que se dirigieron de nuevo a su vehículo. A una considerable distancia se encontraba la policía saudí, la cual intercambió algunos inútiles disparos mientras los yihadistas se dirigían impunemente hacia un nuevo edificio, aprovechando la confusión. Los miembros de la Brigada Jerusalén siguieron tiroteando a los sucesivos soldados y guardias que encontraron a su paso. Al llegar a una de las verjas que dan acceso al inmueble, consiguieron intimidar al guardia saudí para que este les abriese. Los muyahidines se encontraban exultantes por su capacidad para adentrarse en la instalación más protegida del complejo. Habían conseguido llegar al corazón del «Oasis», y aún no habían tenido necesidad de hacer detonar la carga explosiva que llevaba adherida la camioneta en la que viajaban.

Una vez dentro, se encontraron con un numeroso grupo de atemorizados operarios. La primera acción de los yihadistas fue interrogarles por su religión. Según el idealizado relato del líder de la célula, una vez que los muyahidines comprobaron que se hallaban ante «hermanos», se dedicaron a predicar entre ellos el islam y las metas de su lucha. Cuando, tiempo después, los asaltantes relataban su hazaña, no podían ocultar la satisfacción que les producía contemplar el gesto de su auditorio, incapaz de entender cómo los muyahidines podían dedicarse a la predicación en medio de la batalla. Sin embargo, los objetivos de la incursión eran otros, y el resto de miembros continuaron peinando el edificio en busca de nuevas presas. El «hermano Nimr» encontró a un empleado sueco al que arrojó e inmovilizó en el suelo y, como si fuese un animal de granja, le

cortó la cabeza con un enorme cuchillo. Con su sangrante trofeo en la mano, se dirigió hacia una de las ventanas y la depositó en la cornisa para que todas las personas situados en el exterior del edificio (y previsiblemente, alguna cámara) pudiesen contemplar la heroica acción de los yihadistas. «Continuamos con la búsqueda de los infieles y degollamos a aquellos que encontramos entre ellos. Al mismo tiempo, escuchábamos el sonido de las patrullas congregándose afuera. Estos cobardes no se atrevieron a entrar.»

Había pasado una hora desde el inicio del asalto y los yihadistas solo acababan de empezar su orgía de sangre. A medida que se adentraban en las otras dependencias, se encontraban con nuevos y aterrados «infieles» que trataban de ocultarse tras el mobiliario. En los siguientes minutos, los terroristas pudieron cortar el cuello a unos empleados filipinos y a unos ingenieros indios: «Ese mismo día, purgamos la tierra de Mahoma de muchos cristianos y politeístas».

Tras tanto ajeteo, los miembros de la Brigada Jerusalén se dirigieron, con una pasmosa tranquilidad, a uno de los hoteles del complejo. Allí descansaron e, incluso, tuvieron tiempo para saciar su apetito en las cocinas del restaurante. Una vez repuestos siguieron inspeccionando el edificio y encontraron a nuevos empleados hindúes que corrieron la misma suerte que el resto de extranjeros. Los yihadistas tendieron los cuerpos en las escaleras de acceso con la intención de que las unidades de asalto de la policía «los vieran cuando entraran de repente, y fuesen atacados por el terror». Para decepción de los muyahidines, la policía solo entró en el edificio una vez abandonado por sus asaltantes.

El líder la célula descolgó uno de los teléfonos y marcó un número que había memorizado. Se trataba del de las oficinas centrales de la cadena de televisión *Al Jazeera*. Fawwaz bin Muhammad concedió una entrevista donde relataba los detalles del asalto y la conducta «heroica» de sus hermanos. El líder terrorista enfatizó que el objetivo de los asaltantes eran solo los infieles. Los millones de espectadores musulmanes no debían albergar ningún tipo de duda sobre la legitimidad religiosa de esa gesta. Fawwaz se dirigió a una de las televisiones del edificio para comprobar los efectos de su entrevista. Habían pasado cinco horas desde el inicio del ataque y numerosos equipos de televisión habían tenido tiempo para congregarse en las inmediaciones. Las cadenas de medio mundo estaban retransmitiendo imágenes de los edificios y de la confusión reinante. Sin embargo, no eran las palabras del líder terrorista lo más destacado (*Al Jazeera* no llegó a emitirlas), sino la cobertura del que, parecía, sería el asalto

que pondría fin al ataque terrorista. Las cámaras recogían las imágenes más visibles de esta ofensiva, que captaban la silueta de un voluminoso helicóptero posándose en la terraza de uno de los edificios, y del cual descendían lo que se intuían era unidades de élite de la policía. Fawwaz repartió a sus hombres en determinadas posiciones clave y se dispuso a repeler el asalto.

El tímido ataque de la policía quedó frenado cuando los yihadistas lanzaron bombas de mano contra los primeros agentes que trataron de adentrarse en el edificio. Nuevamente, la policía decidió hostigar a los terroristas desde fuera, disparando sin cesar. El asalto no causó mayores dificultades a la célula yihadista. De hecho, estos aún tuvieron tiempo para seguir ejerciendo su particular justicia descuartizando a otro ciudadano indio. Según algunos empleados saudíes presentes, era merecedor de un castigo agravioso, debido a que se trataba de un capataz que había prohibido a sus empleados musulmanes interrumpir su jornada laboral para efectuar los obligados rezos. Mientras desgarraban las extremidades del cadáver, uno de los miembros de la célula halló un nuevo objetivo «de alto valor». Se trataba de Antonio Amato, el joven cocinero italiano de uno de los restaurantes del complejo. Apuntándolo con su arma, lo llevó con el líder del grupo. «Decidimos que debería llamar a *Al-Jazeera*, hablar con su gente y enviarles una advertencia sobre la guerra al islam de su pueblo; después lo degollaríamos y se lo dedicaríamos a los italianos, que estaban combatiendo a nuestros hermanos en Iraq, y al idiota presidente italiano que quiere confrontar a los leones del islam.» Fawwaz llamó nuevamente a la cadena árabe de noticias y les dijo que tenía un rehén italiano al que podían entrevistar. El reportero preguntó si el cocinero hablaba inglés; sin embargo, el líder terrorista insistió en que el rehén debía hablar en italiano. En este caso, el mensaje iba dirigido al pueblo italiano, y era necesario que su opinión pública pudiese recibir el angustioso testimonio de su compatriota de manera perfectamente inteligible. Tras varios minutos de entrevista, Fawwaz cogió el auricular y preguntó al periodista: «¿Lo has grabado? Sí». Agarró al rehén y se lo entregó a Nimr, quien lo degolló en el acto.

Los terroristas se sentían invadidos por una reconfortante calma interior. «Extrañamente, nos sentíamos como dormidos.» Convencidos de que no encontrarían a más occidentales y de que no tenía sentido dejarse matar por la previsible ofensiva final de la policía saudí, decidieron escapar para poder seguir combatiendo la yihad en nuevas misiones. «Ascendimos por encima de una de las cascadas artificiales que pasaban por lo alto del camino. La distancia entre

nosotros y el suelo era muy grande, 13 metros (...) Primero, el hermano Hussein saltó. Tiró abajo su bolsa de municiones, puso su *Kalashnikov* en su espalda, se apretó la correa, dijo “En el Nombre de Alá”, y saltó. Cuando alcanzó el suelo, yacía tirado, y uno de los hermanos pensó que estaba muerto. Pero gracias a la misericordia de Alá, la tierra estaba suave y mojada, debido a la cascada. Así, el hermano Hussein no sufrió daño alguno. Apenas podíamos creer a nuestros ojos. Lo llamamos, y respondió diciendo que estaba entero y con mucho corazón. Luego supimos con seguridad que esto fue un gran milagro de Alá.»

Una vez en la calle, detectaron que el único obstáculo entre ellos y la huida era un destacamento de la policía, que aún no había detectado cómo los terroristas habían salido de los edificios y permanecían refugiados en una zona ajardinada. Antes del ataque final decidieron descansar: «dormí como nunca había dormido en mi vida en términos de descanso y serenidad, Alá sea alabado»; acto seguido se lanzaron disparando y gritando contra los soldados. En su relato posterior, los yihadistas afirmaron que se enfrentaron contra numerosos vehículos acorazados e infinidad de hombres armados. «Los soldados estaban sobresaltados y nos miraban como si fuésemos fantasmas (...) El resto de los soldados que estaban alrededor del edificio comenzaron a disparar, no sé a qué es lo que le estaban disparando, quizás algunos de ellos estaban probando sus armas por primera vez (...) Cruzamos la calle, con balas que caían bajo nosotros como lluvia y devolvimos el fuego. Esto fue un milagro y la gracia maravillosa de Alá. Vimos las balas pasando entre nuestros pies y alrededor de nosotros, pero no obstante nada nos hirió.» Los yihadistas consiguieron subir a un vehículo, y a toda velocidad se encaminaron hacia la salida pasando por delante de otros controles policiales. En el intercambio de disparos Nimr fue alcanzado en el pecho, lo que le causó la muerte al poco tiempo. Sorprendentemente, los yihadistas consiguieron traspasar los sucesivos anillos de seguridad, y tomaron la carretera que los alejó del complejo. Tras de sí dejaban veintidós muertos y veinticinco heridos.

El grupo estaba decidido a otorgar la máxima difusión a su hazaña. Debido a las reticencias de *Al Jazeera*, que decidió no emitir el material sonoro que los yihadistas elaboraron durante su asalto, el grupo emprendió una nueva ofensiva propagandística. Al día siguiente, Al Qaeda en la Península Arábiga colgó en el foro islamista de Internet, *Al-Majallah Al-Islamiyah*, un breve relato de la operación donde se regocijaba de la enorme derrota infligida a la monarquía saudí que, a pesar de la desproporción de medios, se había mostrado incapaz de dete-

ner a los cuatro responsables. A la semana siguiente, el grupo volvió a emitir un comunicado advirtiendo a los musulmanes que se mantuvieran alejados de los occidentales y de los «politeístas». Su recurso más importante sería *La Voz de la Yihad*, una publicación *on-line* cuya misión era servir de órgano ideológico y propagandístico del grupo terrorista. Fawwaz bin Muhammad Al-Nashami, líder del grupo, relataría en una larga entrevista todos y cada uno de los detalles de la operación, que debía proporcionar «satisfacción a los corazones de los musulmanes de todo el mundo».

* * *

Estas dos historias son solo una ínfima muestra de la dimensión propagandística del nuevo terrorismo. Sin embargo, ambos relatos nos permiten formarnos una idea veraz de la cruda y desconcertante realidad de este tipo de organizaciones. Lo que convierte al terrorismo en una forma diferenciada de violencia es, precisamente, el componente comunicativo que encierran sus actos. Los terroristas tienen como meta fundamental alcanzar el poder político, pero son conscientes de las limitaciones que la violencia (a pesar del grado de destrucción que pueda alcanzar) tiene a la hora de doblegar al que consideran su enemigo. Lo que confiere a los grupos terroristas su poder es el valor simbólico de sus acciones violentas, lo que permite a sus miembros «asustar a muchos matando solo a unos pocos». El miedo se convierte así en un multiplicador de fuerza que permite a los terroristas plantear un reto creíble a adversarios infinitamente más poderosos.

La transmisión de contenidos y símbolos no se limita únicamente a la pretendida teatralidad que los terroristas buscan en sus atentados, o a la cobertura que estos puedan recibir por parte de los medios de comunicación. Estos también llevan a cabo una actividad explícita de propaganda y de comunicación pública. Dichos grupos son auténticos centros de producción de manifiestos, cartas, materiales audiovisuales y cualquier otro instrumento que les permita transmitir su ideología, difundir su visión de la realidad política y social o lanzar sus amenazas.

No todos los grupos terroristas han otorgado la misma importancia a sus actividades comunicativas. Para algunos de ellos ha supuesto un «frente» esencial de su estrategia hacia la victoria, mientras que en otras organizaciones la propaganda ha sido contemplada como una actividad secundaria cuya finalidad era complemen-

tar y respaldar las acciones «armadas» de sus militantes. De hecho, esta dimensión del terrorismo ha quedado históricamente supeditada a la evolución tecnológica de cada sociedad y al margen de maniobra con el que cada organización ha podido contar en un determinado territorio. Así, por ejemplo, en los inicios de la década de los setenta, para algunos grupos terroristas como la nacionalista ETA, obtener una pequeña máquina reprográfica con la cual duplicar unos cientos de octavillas constituía un auténtico éxito; en cambio, otras organizaciones como la libanesa *Hezbollah*, contaron desde una fecha bastante temprana con todo un canal de televisión (*Al Manar*) desde el cual lanzar sus proclamas.

La evolución tecnológica, junto con el aprendizaje terrorista acerca de cuáles son las exigencias de la Sociedad de la Información, ha llevado a todas estas organizaciones a incrementar el nivel e importancia de su faceta comunicativa. Sin embargo, dentro de todo ese conglomerado internacional de grupos violentos destaca un movimiento terrorista que ha asumido la comunicación como su principal y más importante actividad. Nos referimos a Al Qaeda y al llamado Movimiento Yihadista Global. Estas nos permitirán simplificar y hacer operativa una compleja realidad compuesta por grupos y redes que comparten una misma visión de aquella y de la legitimidad del uso de la violencia terrorista. Una de las primeras denominaciones utilizadas por Al Qaeda fue la de «Frente Islámico Mundial para la Lucha contra Cruzados y Judíos», lema que expresa perfectamente esta aspiración por construir una alianza de grupos e individuos unidos por un férreo odio hacia un enemigo común. Si bien es cierto que los primeros pasos de este entramado terrorista se corresponden con los patrones clásicos de una organización de estas características, la popularidad adquirida tras los ataques del 11 de septiembre de 2001, la respuesta internacional contra sus miembros y el proceso de transformación emprendido por este grupo, junto con toda otra serie de factores, han configurado una realidad que va más allá de un único ente terrorista. Si ciésemos nuestro estudio a «Al Qaeda Organización», solo analizaríamos una pequeña manifestación de un fenómeno más complejo que no se agota en el grupo liderado por el saudí Osama Bin Laden. La caída del régimen talibán supuso para Al Qaeda el punto de inicio de un proceso de transición que va desde una estructura terrorista hasta un «movimiento» de cariz ideológico. Numerosas organizaciones terroristas decidieron cobijarse bajo este «paraguas» nominal, determinados grupos llevaron a cabo un replanteamiento de sus objetivos en la línea del grupo de Bin Laden y algunas redes de extremistas decidieron constituirse en colectivo terro-

rista. En definitiva, miles de islamistas radicales encontraron un sentido de unidad y misión en determinadas acciones que, con anterioridad, eran emprendidas de manera asilada y sin una clara visión estratégica. El desenlace de este proceso ha sido la emergencia una amorfa red terrorista, heterogénea en su composición, sin una cadena de mando única ni una línea directa de comunicación entre sus nodos. Esta peculiar estructuración tiene como traducción el hecho de que cualquier individuo, red o grupo que comparta la metodología terrorista y que actúe abiertamente en pro de los objetivos de Al Qaeda constituye parte de este movimiento, independientemente de que carezca de contacto directo con alguno de sus «dirigentes».

La importancia de la faceta comunicativa del terrorismo ha estado presente en la inmensa mayoría de los estudios sobre este fenómeno, aunque muy pocos de esos trabajos se han ocupado de este tema de manera monográfica. De hecho, en las últimas décadas se han asumido como verdades inamovibles toda una serie de afirmaciones sobre el papel que ha jugado la comunicación en la estrategia terrorista; sin embargo, gran parte de estas conclusiones proceden de intuiciones más que de la constatación empírica de esas hipótesis. Este libro pretende ser mi particular contribución a este conocimiento, aún fragmentario.

A lo largo del mismo trataré de explicar cómo Al Qaeda fue tomando conciencia de la importancia de la propaganda en el logro de sus objetivos, hasta llegar al extremo de considerar que la «yihad mediática» era su principal misión. De hecho, Occidente nunca ha tenido un enemigo tan comunicativo ni tan dispuesto a hacer públicas sus intenciones. El reto para estas sociedades se halla, no en desvelar una estrategia de enfrentamiento que ha sido reiterada a lo largo de más de dos décadas, sino en ser capaces de integrar y explotar adecuadamente la auténtica avalancha de información proveniente de esta nebulosa de radicalismo y odio.

Para trazar esa historia y tratar de desentrañar sus claves, he recurrido al análisis de más de dos mil documentos elaborados directamente por esta red terrorista. Cintas de audio, vídeo, cartas, páginas web, etcétera, cuyos contenidos permiten adentrarse en las profundidades de un discurso que sorprende por su claridad. Muchos de estos aparecen en las páginas de este libro traducidos por primera vez al español. Espero que el esfuerzo haya merecido la pena, y que el lector pueda encontrar respuesta a algunas de sus preguntas más apremiantes sobre el significado de este inquietante eco del terror.